

## CAPÍTULO XIX

### ESPAÑA, MAGREB Y PORTUGAL.

Por el contrario, la cruzada perpétua de España se aproximaba al triunfo. Una vez estinguida la fuerte y vivaz dinastía de los Omniadas (1), se descompuso la monarquía árabe (1031). Dominaban los ategibas, poderosa tribu árabe, en las provincias septentrionales; bajo el mando del rey de Badajoz formaban una confederación los Algarbes y la Lusitania. Toledo, rechazando siempre la dominación de los califas, se dió entonces una organización propia bajo el vasallaje de Ismail-ben-Dilnun, quien ensoberbecido con su valor y con la antigüedad de su raza, aspiraba á la preeminencia sobre los reyes de Córdoba y de Sevilla: Zaragoza, Huesca, Valencia, Toledo, Sévilla, Granada, Algeciras, Almería, Denia, Carmona, Murcia, Mallorca, obedecían á príncipes particulares, además de los pequeños Estados de Gibraltar, Huelva, Lérida, Tudela, Tortosa.

Estas subdivisiones se asemejaban todavía menos al feudalismo europeo que al estado de guerra continua en que se agitaban los hijos de Ismael antes de salir de la Arabia, sosteniéndose unos á otros, y uniéndose á los más débiles para reprimir á los que se hacían demasiado poderosos. Poco fruto podríamos sacar de la narración de aquellos incesantes combates, como de las guerras sostenidas por los tres reinos cristianos de Navarra, Aragón y Castilla, contra el principado de Barcelona: atengámonos, pues, á los principales hechos y al interesante espectáculo de una nación ocupada en recuperar laboriosamente su independencia.

Los visires de Córdoba eligieron por califa á Gwarz, hijo de Mohamed, ministro del rey precedente, hombre de gran sentido y que se había portado en la guerra civil noblemente. Gerwarz no

quiso ejercer el mando absoluto, é instituyó un consejo formado de los principales jefes de tribus, al cual remitía á su decisión los asuntos más importantes; de modo que al que le pedía alguna gracia le contestaba que no podía nada por sí propio, en atención á que no tenía más que un voto en el consejo. Suprimió todo lo que tenía de supérfluo en la corte en criados y en adornos; desterró á los espías y á los médicos no autorizados, así como á los obogados, á quienes sustituyó con otros pagados por el Estado: edificó almacenes, arregló la justicia, y sin duda hubiera representado un gran papel, si hubieran sido menos difíciles los tiempos. Pero á los valis le parecía que toda obligación de obediencia había cesado para ellos desde la caída de los Omniadas; en treinta y dos años se habían sucedido nueve califas con grave detrimento del prestigio necesario á la autoridad suprema, y las provincias rehusaban su obediencia á la capital, tanto que podía muy bien decirse que el califato de Occidente sólo existía de nombre.

El poder de Gwarz estaba además amenazado por Mohamed Ben-Abad, emir de Sevilla (1015-41), que reunió también bajo su dominación á Córdoba matando al califa, y comenzó la célebre dinastía de los Abaditas. Al-Mamun-Yahia, emir de Toledo, se armó contra los dos reinos y se apoderó de las dos capitales; pero á su muerte (1085), no sólo se perdieron sus conquistas, sino que descontentos los habitantes de Toledo llamaron á Alfonso VI, rey de León y Castilla, que se apoderó del reino (2). Ben-Abad III, emir de Córdoba y de Sevilla, concibió recelos de resultados, y para conjurar los peligros de nuevas invasiones de Alfonso, convocó á los príncipes á asamblea. Entonces toma-

(1) Véase t. V, pág. 104.

(2) Véase t. V, pág. 105.

ron la imprudente resolución de llamar en su ayuda á los moros Almoravides de Africa.

**Almoravides.**—Habiendo á mediados del siglo XI salido de la Arabia á consecuencia de las discordias intestinas, las dos tribus árabes imiaritas de Gudala y de Lamtunah, vivían en los desiertos africanos situados más allá del Atlas, sin otros bienes que su libertad y sus camellos. Yahia-ben-Ibrahim, de la tribu de Gudala, encontró, yendo en peregrinación á la Meca, á Abn-Amram, alfaquí muy renombrado, quien sabiendo por su conducta cuán ignorante y grosera era aquella tribu, propuso enviar allí misioneros. En calidad de tal, se dirigió allí Abdalah, pero, malísimamente acogido cuando habló de practicar abstinencias y de renunciar á vicios arraigados, se retiró á una ermita, donde le siguieron siete discípulos: habiéndose elevado su número en poco tiempo á muchos miles, les envió á predicar á cada uno á su tribu y á emplear la persuasión, ó la fuerza donde la persuasión no fuera bastante. De consiguiente, en breve se reconoció á Abdalah por jefe (1042): entonces avasalló á la tribu de Lamtunah así como á los beréberes vecinos, y en recompensa del valor, constantemente acreditado por los suyos, les dió el nombre de Morabitas ó Almoravides (3), palabra que significa consagrado al servicio de Dios. Consolidó su apostolado por las conquistas, quitando á los zegríes todo el Magreb (1058), y dejó el poder á Abubekr-ben-Omar, quien construyó á Marruecos (1072), retirándose luego al desierto: abandonó aquel territorio á falta de podersele apropiar nuevamente, á Yusuf-ben-Tasfin. Este jefe, tan capaz como ambicioso, afianzó la conquista del Africa apoderándose de Fez y de Ceuta, y para no ofender á los Fatimitas de Egipto, que tomaban el título de al-mumenin, adoptó el de *emir al-Moslemín*, esto es, capitán de musulmanes.

**Yusuf.**—A Yusuf se dirigieron trece emires de España, para obtener de él socorros, en vez de buscarlos en la unión (1086). Gozoso de la ocasión que se le presentaba, se apresuró á acoger su demanda, á condición de que el mar le estaría asegurado por la cesión de la provincia de Algeciras. En el momento de su partida exclamó: «Alá, si mi expedición ha de redundar en ventaja de los creyentes, manda á las olas que favorezcan mi viaje. Si no ha de serles provechosa, dame una señal de ello volviéndome las contrarias.» Habiendo arribado felizmente á las costas de España, derrotó completamente en Zelaca, cerca de Badajoz (28 octubre), á los cristianos, matándoles veinte y cuatro mil hombres, y Alfonso se escapó, no sin dificultad suma, con escaso número de ginetes.

Parecía como si hubieran vuelto los tiempos de Tarif y de Muza y se hubiera perdido el fruto de cuatro siglos de resistencia; pero sin desalentarse Alfonso se ocupó en reparar el daño, mientras que

las tropas de Yusuf, combatiendo por un país que no era suyo, echaban de menos la ardiente Africa, á pesar de todo lo que tenía de atractivo la sonrisa de la Hesperia. Yusuf, que meditaba hacerse dueño soberano de los que le habían llamado como aliado, volvió con fuerzas más considerables (1088). Los emires de España, que habían columbrado sus ambiciosos proyectos, no le secundaron, lo cual le sirvió de pretexto para tratarlos como á enemigos: en su consecuencia asedió á Granada, se hizo dueño de ella é instaló allí su gobierno; habiéndose reembarcado luego, mandó que atacaran sus generales á Córdoba, á Ronda y Almería, y todas fueron tomadas (1090).

Ben-Abad III, que había hecho venir á los Almoravides, se volvió de improviso al rey Alfonso, dándole una hija y prometiendo dividir con él las conquistas que esperaba hacer en aquel desconcierto. Pero asediado por los moros en Sevilla, fué obligado á rendirla, y aunque estipuló que se le conservaría la vida, se le trasladó entre cadenas á Africa con sus hijos y cien mujeres, hallándose en la necesidad de hilar para vivir (1092). Vinieron á ser asunto de elegías árabes este vaiven de fortuna y la despedida de aquellos infelices á las doradas torres de Sevilla.

Después de sesenta años de una existencia turbulenta habían acabado los reinos de Andalucía, y Yusuf, único soberano de España, hacia que le reconociera por tal el califa fatimita de Egipto (1103). Habiendo ido después á visitar las conquistas de sus generales, designó por sucesor á Alí, su hijo segundo, recomendándole como el medio más seguro de tener en sujeción á sus enemigos, confiar el gobierno á los Almoravides, y tener para su guardia diez y siete mil de ellos, al mismo tiempo que empleara á los árabes de España en la guerra sagrada.

Yusuf murió en Marruecos á la primera enfermedad de que fué atacado en cien años de existencia (1106), dejando treinta mil arrobas de plata, y cinco mil cuarenta de oro (7,500 y 1,260 quintales); así no faltaron á su memoria las alabanzas que prodiga la adulación á los héroes afortunados. El gallardo y generoso Alí confió la guerra sagrada á su hermano mayor Temin, quien atacó á los cristianos y venció á Alfonso cerca de Uclés, matándole su hijo único Sancho, héroe de 12 años, con la flor y nata de la nobleza (29 mayo de 1108). Esta batalla costó cara á los árabes; y Alfonso con su pericia tanto como con su valor, les impidió sacar gran ventaja de ella; pero habiéndose llegado de Africa nuevos refuerzos, invadieron los moros los Algarbes, Lisboa, y la mayor parte de Portugal, de que se hicieron dueños (1111); sabe Dios lo que hubiera sido de los cristianos, de no haber llamado á los Almorávides al Africa otros acontecimientos.

Hallábase dividido el Magreb en esta época entre los zeridas (ó zegríes), que ocupaban la parte oriental llamada Africa, donde están actualmente

(3) *Elmorabethyn*, religiosos, ermitaños.

las regencias de Tunes y de Trípoli; los ammadidas eran señores del Maseb Ausath, que sería la regencia de Argel, menos la parte al oeste de Oran; y los Almoravides unían al Magreb-Acsai, es decir, desde Oran á Nun, todo el Sahara occidental hasta los países negros, además de la España, si bien absorbió á todos el nuevo poder de los Almohades.

**Abdalah.**—Abu-Abdalah, hombre oscuro, que había estudiado en las célebres escuelas de Córdoba y del Cairo, y perfeccionándose en Oriente, tuvo por maestro en Bagdad á Abu-Amed-al-Gazali, de la misma ciudad, autor de un libro condenado como heterodoxo por el cadí y por la academia de Córdoba, mandado quemar por Alí. No se necesitó más para infundir el deseo de leer esta obra á los que á no ser por esta circunstancia, ni aun siquiera hubieran pensado en ella. Al-Gazali pidió á Dios que le vengara de una condena injusta, á lo que añadió Abdalah: «¡Y ojalá sea yo el instrumento de esa venganza!» De vuelta en Africa, predicó Abdalah la doctrina reprobada. Entró en la mezquita en el momento en que estaba llena de pueblo, subió al púlpito, é intimando al iman que se retirara, dijo: *Los tiempos son de Dios y no son más que de Dios*: con el resto de este capítulo del Corán. Escuchábale el pueblo atónito cuando sobrevino el rey: levantáronse todos. Abdalah permaneció inmóvil y dirigiéndose á Alí, dijo: «Halla un remedio á los males de tu pueblo; porque Dios te pedirá cuenta de los males que padece.» Preguntándole el rey si tenía necesidad de algo, respondió: «De nada de este mundo, sino que estoy destinado á predicar la reforma y á corregir los abusos.»

El pueblo acogió favorablemente estas palabras: Alí no pudo despreciarlas, y ordenó que fuera examinada la nueva doctrina por los doctores. Unos vieron en Abdalah á un hombre que quería suscitar en el país disturbios; otros no hicieron del reformador ningun caso. En breve salió de Marruecos, y ya poderoso por la persecucion, declamó contra los vicios de los Almoravides, llamó á los moros al culto de Dios en su pureza y á la estirpacion de la idolatria. Entonces quiso Alí ponerle preso, pero él se estableció en paraje seguro, y formándole un ejército sus parciales, le proclamaron *al-mahdi*, es decir, maestro. Escogió por su visir á Abd-el-Mumen, el más fervoroso de sus diez primeros sectarios, que formaron un consejo y dirigieron el gobierno, con otro consejo de cincuenta miembros y un tercero de setenta. Luego continuó predicando contra los Almoravides, y enarblando por último el estandarte blanco, se puso en marcha con diez mil hombres para abatirlos con las armas en la mano, y le siguió infinita muchedumbre con el fervor intolerante de prosélitos que no dudan de la victoria.

Vuelto Alí de España para hacer frente á la tempestad se vió, á pesar de su poder y de las bendiciones de que su nombre era objeto en trein-

ta mil mezquitas (1120), vencido muchas veces por los Almohades: este era el nombre que tomaban aquellos sectarios (4), en medio de los cuales combatía Al Mahdi en persona, gritándolos: «Defendeis la verdadera ley: si morís en la pelea, pensad en los premios eternos que os aguardan.» A su muerte (1129) le sucedió Abd-el-Mumen y se hizo dueño de Tedla, Darah, Salé, Oran, Fez, Tremecen y Ceuta.

**Toma de Marruecos.**—Tasfin, hijo y sucesor de Alí, se halló sitiado dentro de Oran, y en el momento en que trataba de apelar á la fuga á favor de la noche, fué precipitado en el mar por su caballo. Bajo el reinado de Isaac puso Abd-el-Mumen asedio delante de Marruecos (1146), cuya obstinada defensa hizo perecer dentro de sus muros, segun se dice, á doscientas mil personas, tanto por el hambre como por el hierro, sin contar setenta mil en el momento en que fué tomada la plaza. Tres días duró la carnicería; otros tres días mas estuvo cerrada la plaza, y después fué purificada con arregio al rito de Mahdi. Se derribaron las mezquitas edificándose otras; se levantaron nuevas casas, y llegaron á poblar nuevamente la ciudad las tribus del desierto. Isaac fué preso y muerto con todos los magnates, y la venganza de Al-Gazali quedó consumada. Entonces acabó la corta dominacion de los Almoravides, cuyos restos se retiraron al Sahara, donde todavia se encuentran tribus enteras de morabitos.

**Los Almohades.**—Abd-el-Mumen expulsó tambien á los Amadidas de Bugía, y á los sicilianos de Túnez, de Trípoli y de Mahadia, donde Roger los había instalado, y fundó la dinastia de los Almohades. Terrible respecto de sus enemigos, benévolo durante la paz, protegió las letras, y favoreció como una distraccion agradable los libros de caballeria del mismo modo que las novelas, que habían prohibido los Almoravides. Abrió muchos colegios para instruir á los jóvenes en las ciencias y para acostumarlos á los ejercicios corporales.

Los descalabros de los Almoravides habían envalentonado á los descontentos de España, y las doctrinas de Al Gazali encontraban allí parciales: de consiguiente, la religion sirvió de pretexto á los ambiciosos, ó á aquellos que aborrecían á los nuevos conquistadores africanos, de donde resultó que otra vez se formaron tantos Estados como ciudades había. Sacaron de esto ventaja los cristianos, merced á la habilidad y al denuedo de Alfonso el Grande, quien apoderándose de Calatrava, de Almería y de Lisboa, se hizo dueño del curso del Tajo (1147). Poco tenia que aumentarse el reino de Navarra con los despojos de los moros, encerrado como se hallaba entre tres Estados cristianos, á los cuales pasaba alternativamente por los enlaces de sus reinas (5).

(4) *Almowaeddyn*, unitarios.

(5) Reino de Navarra.—En 1234 pasó á la casa de Cham-

**Alfonso de Castilla.**—Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon (6), tenia ocho hijas, sin ningun heredero varon: casó á Elvira con Raimundo de Tolosa, á Teresa con Enrique de Besanzon, con el título de conde de Portugal; Urraca, la mayor de todas y su heredera presunta, viuda de Raimundo de Borgoña, se casó con Alfonso, rey de Aragon, llamado el Batallador (1106): pero lo que debía adelantar en tres siglos la reunion de los dos reinos, vino á ser asunto de discordias. Doña Urraca, princesa tan altanera é imperiosa como relajada en sus costumbres, no dejó á su marido, á quien no amaba, más que el título de rey; al fin perdió éste la paciencia, se formó parciales, y la encerró en un castillo (1109). Libertada á viva fuerza por los castellanos, pidió la anulacion de su matrimonio por causa de parentesco. Alfonso la repudió (1111), aunque sin querer renunciar á sus Estados. Para vengarla los condes Gomez y Pedro de Lara, sus amantes, declararon la guerra á Alfonso; pero dió muerte al primero en Sepúlveda, obligó al segundo á la fuga, y sembró por todas partes el estrago. Entonces doña Urraca hizo proclamar en Galicia á su hijo Raimundo tenido del primer matrimonio, y sostenida tambien por Enrique, conde de Portugal, obligó á su marido á volver á Aragon y á renunciar á todo derecho sobre Castilla.

No se aprovechó ella largo tiempo de este triunfo. Pedro de Lara, su confidente, se atrajo el odio de los grandes de Castilla, quienes le encerraron en una fortaleza y proclamaron rey á Alfonso II (7), hijo de Raimundo, á pesar de la oposicion de su abuela. Ella misma fué confinada á un monasterio en Saldaña. Tambien el rey de Aragon, por fuerza en un principio, y después en virtud de un acomodo, desistió de sus pretensiones. Alfonso Raimundo se casó por política con la hija del conde de Barcelona y de Provenza. Alegó pretensiones sobre Aragon y Navarra, y obligó al rey de ésta á declararse su vasallo: hasta quiso hacerse coronar emperador, en su presencia, por el arzobispo de Toledo. Nadie quiso reconocerle esta dignidad nueva; al revés, los demás príncipes empuñaron las armas para disputársela. Sin embargo, les in-

dujo á la paz; pero el conde de Portugal tomó el título de rey, el de Navarra sacudió toda dependencia (1139), y el emperador no pudo hacerles volver á sus deberes.

Dirigió expediciones más pomposas que útiles contra los Almoravides. Engañado con la esperanza que había concebido de ocupar á Granada con ayuda de los mozárabes, taló el territorio; y habiendo avanzado hasta el mar, mandó construir un barquichuelo, echó las redes y se hizo servir su pesca, diciendo que había hecho voto de comer pescado en las playas de Granada; pero no sacó de esta proeza más fruto que escitar una persecucion contra los cristianos que habían quedado en aquella ciudad. Salió más airoso en la empresa de Almería, de donde salían las flotas árabes para embarazar la navegacion de los cristianos.

Durante el asedio que puso á Oreja, los valies de Sevilla, de Córdoba, de Valencia, atacaron á Azeca, donde Berenguela, mujer del emperador, se hallaba encerrada. Ella les envió á decir: «¿Cómo no hallais descortés atacar una ciudad sostenida por mujeres, cuando podeis ganar honra en medio de los peligros de Oreja?» Conmovidos por esta reconvenccion, solicitaron la merced de saludarla: fueron recibidos en medio de una espléndida corte y la abandonaron llenos de respeto. Quizá es esta una ficcion poética, si bien se halla en perfecta armonia con las ideas caballarescas de aquel tiempo.

Alfonso Raimundo, segun la perniciosa costumbre de los reyes españoles, dividió sus Estados (1157), señalando á Sancho III la Castilla, y á Fernando II Leon con Asturias y Galicia. Sancho reinó poco tiempo y dejó el trono á Alfonso III (ú VIII 1158).

Hacia este tiempo, conociendo los musulmanes su flaqueza, enviaron á pedir ayuda al emperador de Marruecos Abd-el-Mumen, prometiéndole someterse á su autoridad. Con efecto, hizo muchas expediciones á Andalucia, y había juntado para la que meditaba, ochenta mil hombres de caballeria regular, trescientos mil irregulares y cien mil infantes, cuando le sorprendió la muerte. Su hijo y sucesor Yusuf le imitó (1163); pero fué muerto en el sitio de Santarem. Sus victorias le habían valido el sobrenombre de *Al-manzor*. Mandó establecer puentes, fuentes, hospederias en los caminos, hospitales, albergues, mezquitas, escuelas (1170): aumentó la asignacion de los cadís para que fueran menos accesibles á la corrupcion, y protegió las letras. Su hijo Yacub, valiente y generoso, tomó tambien y mereció el título de *Al-manzor be-fadhl-Allah*, victorioso por la gracia de Dios (1194): castigó á los pueblos que intentaban sacudir el yugo, y fué á talar las cercanias de Santarem, de donde llevó á Fez trece mil prisioneros. Segun se dice, Alfonso de Castilla le escribió en la forma siguiente: «Puesto que no puedes venir á combatirme, ni enviar ejércitos en contra mia, préstame tus naves, á fin de que yo concorra á presentarte batalla

paña; en 1274, á la de los Capetos; en 1328, á la de Evreux, rama de la precedente; en 1425, á la de Aragon; en 1479, á la de Foix; en 1483, á la de Albret; en 1555, á la de Borbon.

(6) Véase t. V, pág. 104 y siguientes.

(7) No deja de ser embarazosa la numeracion de estos reyes, que varia segun el reino de que tomaban el título. Alfonso VII de Castilla y Leon, es Alfonso I de Aragon y de Navarra; Alfonso, hijo de Raimundo II, es Alfonso II para los que cuentan al hijo de Fernando I; Alfonso VI, por primer rey de Castilla y de Leon, excluyendo al marido de doña Urraca; es Alfonso VII, para los que llaman Alfonso VI al padre de Urraca; es Alfonso VIII para los que cuentan á todos los reyes de Leon: otros le llaman Alfonso Raimundo, en virtud del nombre de su padre.